

pio Martín Luis Guzmán, colmada de acendramiento espiritual. Sencillez de prestancia y maneras, libres de ese aire «pintoresco» (banal) que tantas veces oculta entre otros hijos de América la firmes cualidades que, sin duda, poseen. Al menos, sus mejores individuos.—*El águila y la serpiente* significa una introspección detallada de la vida revolucionaria de Méjico. Nos entera del por qué de los sucesos y de la raíz de su por qué.—Con la menor cantidad posible de fantasía novelesca, en escenas de variada *tessitura*, dominando la dramática, nos pone el autor en contacto con el nervosismo del periodo revolucionario que comprende desde el pronunciamiento del general Victoriano Huerta hasta el eclipse de Pancho Villa. Hay escenas crueles descritas sin veladuras de ningún género. Pero la maestría literaria de Guzmán se manifiesta principalmente en las sensibilizaciones impresionistas del color y el calor revolucionario. El color en obras de esta clase se produce por una presencia de imponderables, de menudos elementos, que sin corporeidad suficiente para concretarse en acción o personaje, bañan el espacio de la narración y se resuelven en emocional claroscuro. Lo emocional prevalece en la obra. Después van graduándose los demás valores literarios: desde la sabiduría y gracias del estilo—templado, vivaz—hasta los modernos imaginismos conferidos a la frase en la parva medida, naturalmente, que consiente una obra de tipo objetivo y realista.—Para nosotros, extranjeros—aunque, como españoles, de un extranjerismo muy restricto con relación a Méjico—, el libro de Martín Luis Guzmán alumbraba, como un reflector voltaico, la vida secreta, honda, de Méjico. Nos describe un periodo de crisis social, que creíamos ya favorablemente liquidado para siempre.—*Antonio Espina*.

El águila y la serpiente—libro de que había oído hablar con gran elogio—me produce admiración al leerlo. Yo no creí que, fuera de Valle-Inclán, tuviéramos hoy en nuestra lengua quien supiera contar escenas de crueldad con el brio con que Martín Luis Guzmán lo hace. Sus relatos breves de ese tipo, son obras maestras. *El nudo de ahorcar*, por ejemplo, es una obra maestra.—Pero fuera de eso, Guzmán traza los retratos de sus personajes históricos con una penetración psicológica, una comprensión, un juicio, que son dotes de gran historiador. Parece imposible que se pueda conservar serena, justa y fría la mirada en medio de tanta emoción, lucha y pasiones desenfrenadas. Pancho Villa y los demás guerrilleros son criaturas vivas. Así serían nuestros cabecillas del siglo XIX, de la francesada y de la carlistada; pero no tuvieron la fortuna de encontrar un objetivo cinematográfico como el que Guzmán aplicó a los suyos inmortalizándolos.—*Ramón María Tenreiro*.

Nuevo cronista de Indias es Martín Luis Guzmán. Las grandes dimensiones y la calidad misma del espectáculo en que le tocó participar—rudo drama impresionante, con curiosas interpalaciones de *ballet*—le relevó de la obligación de inventar cosa alguna. El tránsito de lo vivo a lo pintado—a lo filmado, podríamos decir mejor—sólo presentaba un riesgo: el de retener intacta la carga pasional.—La pasión del beligerante torcería las mejores escenas de *El águila y la serpiente*, si su autor no se acogiese al patrocinio de ese numen sedativo y magnífico que es la distancia. Y no sólo la distancia que dan de consuno tiempo y lugar, sino la que marca el desencanto con dedo trémulo. Martín Luis Guzmán vuelve de sus memorias mejicanas como un ministro de la Decepción. Ideales no logrados, medios fallidos, hombres estropeados, ór-

ganos insuficientes... Pero, en pie, la lección de lo vivido. Y en pie este libro febril y emocionante, rico en semblanzas del mejor diseño, en apuntes fugaces del paisaje, en episodios del más auténtico dramatismo, en trasposiciones artísticas del miedo, la angustia, la esperanza, la piedad el horror. Mucho flúido vital zigzagueando sobre negrura con luz finísima de ironía.—Filmado es vocablo que lancé antes, buscando una equivalencia fácil de comprobar. A un film equivale, efectivamente, este libro, más que di-

námico, cinemático. Dominan los primeros planos, y el gesto puro, sin otros coadyuvantes, define los caracteres puestos en juego. La grandeza bárbara de Pancho Villa se expresa con todo su vigor en el momento aquel de sentirse desarmado. O en el otro, de ansiedad, ante el telégrafo que trasmite una contraorden.—*Melchor Fernández Almagro*.

Nota: A € 3.50 el ejemplar, vendemos *El águila y la serpiente*.—Disponemos de algunos ejemplares.

LOS ESCRITORES DE HIERRO

Pocaterra, el panfletario

Memorias de un Venezolano de la Decadencia

A. F. Laguado Jayme con una muy grande satisfacción si estas páginas le sirven para acrisolar aún más el oro puro de sus convicciones y para retemplar el acero de sus energías que mucho admiro.

José Rafael Pocaterra

ESTE es un brevísimo boceto sobre la personalidad viril del gran venezolano José Rafael Pocaterra, para acusarle recibo, públicamente, del primer y segundo tomos de sus extraordinarias *Memorias de un Venezolano de la Decadencia*, reservándome la buena esperanza de perfilar más adelante, en una pequeña biografía, la vida revolucionaria e intelectual del estoico desterrado y del compañero ilustre de ilusiones libertarias.

La vida de Pocaterra es una vida que se sale, por entero, del marco de la normalidad burguesa para entrar en el molde leyendario y novelesco.

Cuando apenas era un niño de doce años se colocó en una zapatería, ganando un mísero jornal. Salió de ésta su primera colocación por haberle roto la nariz a un mozalbete, mucho más grande y fuerte que él. Pasó a una imprenta como aprendiz, y del adolescente aprendiz de imprenta, en pocos años, no más de veinte, entre la cárcel política, los campamentos y el destierro, se ha transformado en uno de los más sobresalientes escritores políticos y en uno de los más gallardos literatos suramericanos, y en una de las primeras figuras revolucionarias de Venezuela, por su talento varonil, luminoso y avizor y por su recia y amplia cultura.

En los presentes momentos no tiene rival como panfletario entre los escritores de la América Latina, porque en él se suman: inteligencia, saber, valor personal, frío y temerario, agresividad impetuosa y apostólica integridad de ética pública.

Es de la raza heroica de los Montalvos y de los González Prada, pero con temeridad combativa.

No es Pocaterra el intelectual de gabinete, sino el escritor de combate y de barricadas que lucha sin miedo por llevar a la realidad sus ideologías. Ni tampoco es el prosista ardiente de redacciones más o menos turiferarias, sino el periodista vertical y entero que por amor a la verdad y a la justicia presenta el pecho desnudo a las balas de sus enemigos. Ante los veinte años funda su periódico *Cain* en Puerto Cabello y se lanza al ataque fiero contra la satrapía de Cipriano Castro, y el Mono de Capacho lo encarcela.

«Mi batalla no es—dice en las páginas de su nuevo libro—contra los Gómez de Venezuela, sino contra los Gómez de la América indo-española.»

Su grande y hermoso odio lo extiende contra todos los sátrapas de la América bolivariana, porque no entiende de fronteras egoístas.

«Yo no escribo ni para los energúmenos—proclama en un libro de acusaciones castigos y reivindicaciones—ni para los cínicos. Escribo para la Historia, Escribo para la Justicia, Escribo para la Libertad.

Agudo y sagaz observador de anchas y claras pupilas y conocedor profundo del pueblo venezolano, de sus hombres dirigentes, de su historia, de sus males y de sus necesidades urgentes, sus libros están consagrados a la exposición psicológica de la quebrantada nacionalidad venezolana.

Cualquier palabra de exaltación que le aplique al brillante fundador de *Caracteres* de Maracaibo, será una palabra de exactitud y de respeto hacia el escritor independiente y hacia el patricio que con su civismo altivo y romántico sirve de pauta a las generaciones soñolientas y desorientadas de Venezuela que, en medio de sus orgías de terror y maldad, buscan una brecha de liberación. Bien sabe Pocaterra que no le adulo, porque desconozco el arte del servilismo, como sé odiar y sé despreciar con pleno corazón hacia todos los huracanes. Hablo de Pocaterra en alta voz y con deliberado propósito para que mi verbo caiga en los oídos de piedra de muchos venezolanos abyectos que por el extranjero andan sembrando la intriga y discordia ya en nombre de inconscientes ambiciones personales o de extravagantes doctrinas suicidas para nuestros medios tropicales tan sedientos del agua limpia de la democracia bien entendida y bien vivida. No pertenezco a ningún grupo de imbéciles y necios, no sigo ningún rebaño de farsantes. Y me tiene sin cuidado la actitud menguada que algunos líderes pancistas, jóvenes o viejos, observan conmigo, por el único motivo de ser yo andino, del pueblo de Castro y Gómez, de la región tachirense. Me debo a la revolución y me debo a la justicia, con todas sus consecuencias y no rehuso responsabilidades de ninguna clase.

Cuando laboro por la libertad y por la dignidad de la esclavizada Venezuela jamás consulto opiniones de mis compatriotas engreídos o farsantes, consulto a mi conciencia y los venezolanos justos, que por cierto son muy pocos.

Los escritores contemporáneos de la América Latina se dividen en dos agrupaciones, distintas entre sí, por su ideología y por su fin: la de las panas y los lacayos; y la agrupación de los apóstoles y soñadores. A este último núcleo reducido de hombres libres e